

# Imperialismo, violencia, ideología

FERNANDO MARTÍNEZ RAMÍREZ | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA,  
AZCAPOTZALCO

---

## Resumen

Tras argumentar que el origen de la *actitud imperial* nació en el antiguo Oriente Medio, invocando para ello la historia real y un par de mitos emblemáticos de la región, se habla del nuevo imperialismo neoliberal como una forma de pensar normalizada y heredera de aquella actitud. Este pensamiento único, *logocéntrico*, hegemónico, se generaliza como violencia simbólica, sistémica e ideológica. Invade todos los ámbitos de la vida humana. Profesa y defiende un individualismo extremo y un escepticismo burgués que con su arrogancia y ubicuidad prescinde de valedores divinos y silencia otras formas de ser y estar en el mundo.

## Abstract

After arguing that the origin of the imperial attitude was born in the ancient Middle East, invoking real history and a couple of emblematic myths of the region, the new neoliberal imperialism is spoken of as a normalized way of thinking and heir to that attitude. This unique, *logocentric*, hegemonic thought is generalized as symbolic, systemic and ideological violence. It invades all areas of human life. It professes and defends an extreme individualism and a bourgeois skepticism that with its arrogance and ubiquity ignores the gods and silences other ways of being and being in the world.

**Palabras clave:** ecumenismo, actitud imperial, violencia simbólica, violencia sistémica, violencia subjetiva, ideología, actitud liberal.

**Key words:** ecumenism, imperial attitude, symbolic violence, systemic violence, subjective violence, ideology, liberal attitude.

**Para citar este ensayo:** Martínez Ramírez, Fernando, "Imperialismo, violencia, ideología", en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 57, semestre II, julio-diciembre de 2021, UAM Azcapotzalco, pp. 179-191.

---

## El origen de la actitud imperial

### I

Entre los pueblos del antiguo Oriente Medio se pueden confundir historia y fábula hasta borrar sus fronteras. Dos de las razones son, por un lado, que existió entre ellos un mar de guerras imperiales, que cada cultura narra y convierte en metáfora de su propia importancia, en símbolo y valor; por otro, participaron de un destino geográfico común, lo cual hizo posible que compartieran mitos y leyendas. Tal es el caso, por ejemplo, del relato de Utnapishtim (el Ziusudra sumerio y el Atrahasis acadio), a quien le fue concedido ser como los dioses porque salvó la creación de desaparecer cuando el dios Enlil, encolerizado porque los humanos se multiplicaban y no lo dejaban dormir, decretó un diluvio devastador.

La epopeya de Gilgamesh —rey de Uruk— cuenta que este soberano oprimía terriblemente a su pueblo y abusaba de las mujeres. Los súbditos, impotentes, piden ayuda a los dioses, quienes mandan a Enkidu a luchar contra el tirano y hacerle probar la derrota. Enkidu es un salvaje a quien una hieródula o prostituta sagrada lo humaniza mediante el acto amoroso. Ya como hombre, reta a Gilgamesh. La lucha se torna muy pareja y hace posible que los contrincantes se reconozcan como iguales y se vuelven amigos. Juntos emprenden aventuras sobrehumanas. Decapitan al gigante Humbaba, guardián del bosque donde moraban los dioses. Mientras tanto, la diosa Ishtar, protectora de la ciudad de Uruk, le declara su amor a Gilgamesh. Cuando éste la rechaza, la deidad despechada monta en cólera y les envía a los amigos al Toro del Cielo, pero juntos lo matan. Por ello, los dioses enfurecen y le quitan la vida al aún joven Enkidu. Desconsolado y consciente de su propia condición finita, Gilgamesh busca la forma de alcanzar la inmortalidad y de recuperar a su amigo. Su búsqueda lo lleva hasta Utnapishtim, a quien el Dios Enlil le concedió la vida eterna por haber salvado del diluvio a toda su creación. La esposa de este Noé asirio-babilónico le pide a su consorte que se apiade de él y le revele dónde puede hallar la flor de la eterna juventud. Ya en posesión de este secreto, Gilgamesh viaja al fondo del mar, al inframundo, y trae consigo el

preciado don. Feliz y ya de regreso a Uruk, decide bañarse. En ese momento, la Serpiente Primordial aprovecha la distracción del héroe para engullir la flor. Gilgamesh vuelve a su ciudad con las manos vacías. Sin embargo, algo ha aprendido en su gesta sobrehumana: que no debe abusar de los que no son fuertes como él y, sobre todo, ha descubierto que la vida es valiosa y sin amigos carece de sentido.<sup>1</sup>

Utnapishtim y Noé son héroes míticos que cumplen una función similar, aunque sus historias buscan explicar las motivaciones de dioses diferentes: Enlil sólo quiere descansar de los humanos ruidosos, su impulso no es moral; Yahveh castiga a la humanidad por sus pecados y ordena a su discípulo construir la barca. Obviamente cada nación se sabe el centro del universo y la preferida del dios verdadero.

## II<sup>2</sup>

Una de las capitales políticas del imperio asirio fue Nínive, situada al norte, en uno de los remansos del río Tigris. Sólo el emperador Asurnasirpal –al que no debemos confundir con el casi mítico Asurbanipal del ocaso del imperio– quiso edificar una nueva capital, Kalakh, como sede del reino (884-858 a. c.), pero la mayoría de sus sucesores prefirieron a la Nínive del ensueño como centro imperial.

<sup>1</sup> Vid. *Gilgamesh o la angustia por la muerte*, tr. directa del acadio, introd. y notas de Jorge Silva Castillo, México: El Colegio de México, 1994.

<sup>2</sup> Vid. Fernando Martínez Ramírez, “El origen de la actitud imperial”, *Casa del Tiempo*, vol. v, época III, núm. 52, mayo de 2003, pp. 9-11.

Es la Nínive del ensueño y del resentimiento porque ella es la ciudad donde se asienta el ficticio reino de Nabucodonosor, del Nabucodonosor épico del Libro de Judit del Antiguo Testamento. En la historia verdadera este rey fue emperador de Babilonia cuando los asirios ya habían dejado de existir como nación, pero en la fabulación bíblica este rey ataca a todos los pueblos de Occidente que le habían negado ayuda cuando los medos intentaron someter su imperio y sitiaron Nínive. Uno de esos pueblos ingratos fue el de Israel, que en la historia real fue varias veces sometido por los asirios, pero que en la ficción derrotaron –porque tenían de su lado al único dios verdadero–, por obra de una sola mujer, al “poderosísimo” ejército de Nabucodonosor. Por eso es la Nínive del resentimiento y del ensueño, porque fue la fantasía de un escritor la que logró derrotarla literariamente...

Sin embargo, Nabucodonosor el real, el de los Jardines Colgantes de Babilonia, vivió en una época en que en otros confines los poetas griegos posteriores a Hesíodo presagiaban el nacimiento del pensamiento físico (siglo VI a. c.) de los primeros filósofos. Es el tiempo en que Asiria dejaba de existir para siempre y el imperio persa se erigía como su heredero en las grandes conquistas en Oriente Medio, imperio que, no olvidemos, intentaría conquistar a los helenos, lo cual, de haber sucedido, habría cambiado la historia de Occidente...

## III

Para quienes hemos venido padeciendo de eurocentrismo y localizamos el origen de la

cultura occidental en la Grecia clásica, es una lección muy importante saber que desde 3500 años a. c., fecha en que comienza a evolucionar la escritura en Babilonia, existieron un mar de guerras imperiales en el Oriente Medio; es importante saber que Occidente nació aquí, en Mesopotamia, en Asiria, en Palestina, en Media. También resulta importante saber que el tema bélico en su arte es recurrente, incluso en el Antiguo Testamento, y que llega inexorable y pertinaz hasta el mismo Homero.

Fueron los griegos de la época clásica y los griegos y romanos del periodo helenístico (siglos III-II a. c.) los que elaboraron la distinción entre *cosmos* (κόσμος) y *ecumene* (οἰκουμένη) para designar dos totalidades, una natural —cuyos confines eran los puntos cardinales y la bóveda celeste— y otra geográfica. No sabían que con estas dos categorías sintetizaban una actitud, actitud que echaba sus raíces en el Oriente Medio, tres mil años antes de que ellos llegaran a saberse el centro del mundo. Ésta es precisamente la *actitud imperial*.

*Ecumene* era el mundo humano concebido como totalidad. Esta concepción no era histórica, es decir, vertical, sino geográfica, esto es, horizontal. Aunque era una visión universal de las sociedades, tenía un núcleo particular. Esto significa que cada cultura, aunque supiera que existían otros pueblos con idioma, costumbres y dioses diferentes, se concebía a sí misma como el pueblo elegido, como el centro del univer-

so. Así lo pensaron Babilonia, Asiria, Israel, Persia, Grecia y Roma.<sup>3</sup>

Cuando el casi mítico emperador asirio del ocaso del imperio, Asurbanipal (669-631 a. c.), “rey de todos los países”, empezó a formar su biblioteca personal, que llegó a 25 mil tablillas, las cuales reunían el tesoro espiritual y científico de su tiempo, era claro que el fondo implícito de esta recopilación era una vocación historiográfica. Pero no buscaba contribuir a la causalidad de la historia ni tampoco detenerla o explicarla: ella no existía aún. Se tenía la intención de preservar un mundo en el que los asirios eran el ombligo, el *axis mundi*, sin que subyaciera alguna visión del devenir cultural del hombre, de su historicidad, visión que nacería con Heródoto y Tucídides.

El *ecumenismo* marca a la antigüedad, desde los babilonios hasta Roma. Es una forma de negar al otro el estatus que los dioses confieren a un solo pueblo como la nación señalada. Por eso el emperador asirio se sabía “rey de todos los países”. La única verticalidad para la historia, es decir, el único fluir posible, vivía con los dioses, cuando *in illo tempore* decidieron crear el cosmos y al pueblo que habría de rendirles tributo. No es una historia impulsada por hombres sino por dioses, la teocracia humana.

El imperialismo, por tanto, no es un mero confín bélico-geográfico en el que se mueven los pueblos del antiguo Oriente Medio y que llega hasta las conquistas de Alejandro Magno y del imperio romano. *El imperialismo es un horizonte ético*, que

<sup>3</sup> Y así lo pensaron y lo piensan, también, las naciones europeas que conquistaron Asia, África y América.

define la idea del mundo y que se refleja en todos los estadios de la vida, en la casa y en la plaza pública, desde el comercio hasta la producción artística, desde las ciudades hasta el honor que reviste morir como héroe guerrero.

## IV

En nuestra época, el imperialismo neoliberal es también un horizonte ético: ha convertido la antigua evasión escéptica, el relativismo y la tolerancia en meras racionalizaciones funcionales de ese supuesto derecho divino que todos tenemos a la libertad, pero que se apropian unas cuantas naciones poderosas. Por eso debemos preguntarnos si profesar tal libertad no resulta una verdad de Perogrullo, pues es claro que la conciencia, en los límites de su inmanencia, siempre va a quererse o sentirse libre: nadie puede controlar los deseos ni el imaginario. Aunque la libertad también es un *sentimiento ideológico*.

Hoy el individualismo se halla exacerbado porque resulta muy conveniente. Hoy cualquiera puede decir, con todo orgullo: "Mi esfuerzo me ha costado tener lo que tengo, por qué he de compartirlo con un patán." Y seguir argumentado contra la frustración de los que no tienen, contra la envidia soterrada que los mueve a ser revolucionarios o resentidos sociales, por ejemplo, o contra la obsolescencia de sus esperanzas. Presas en un sistema ideológico donde la avaricia, el egoísmo y la falta de filantropía se premian, en cambio se castiga cualquier intento solidario con el otro, este nuevo imperialismo ha erigido

un nuevo espacio bélico, comandado por el burgués neoliberal que vence sin ser visto, pues está por todas partes, que asume un pragmatismo sin ilusiones y sin compromisos y afirma, muy convencido: "Lucha es lo que uno hace por sí mismo..."

Se cree tanto en que se tiene la razón que no se nota cómo se ha interiorizado una actitud imperial sin ser imperialistas, una ideología donde el individuo y sólo el individuo es el que cuenta: un individuo ejemplar, modélico, que únicamente desea ser mejor, conquistar su propia vida eterna, su propia singularidad. Y ser mejor no quiere decir otra cosa más que velar por sus propios intereses, hacerse admirar por su fortaleza para hacer dinero, para acumular bienes de todo tipo —materiales, políticos, simbólicos—, cuando antes nada tenía: la ideología le dio sus razones y no necesitó más para emprender la aventura hacia su propia modelización. Al final, lo único con lo que cuenta —en el mejor de los casos— es con un pequeño departamento, un auto, un sistema de cable y una indistinción muy grande y muy heredable. Tal vez hable varios idiomas y luzca algunos títulos nobiliarios y universitarios que le permitan convertir su duda en un don inalienable y sin género. Ahora, cada uno es el centro ecuménico y el mundo ha alcanzado el máximo de indiferencia.

## Violencia e ideología

Hago aquí un apunte sobre el concepto de ideología. Cuando hablamos de ella, solemos pensar que cada ser humano tiene o posee la suya, que es distinta a la de los

demás. Pero las ideologías no se ofrecen como antifaces en carnaval. En realidad, representan un modo de conciencia, o como dirían los antropólogos, una cosmovisión o mito, es decir, una visión del mundo, un horizonte moral. La pregunta que debemos hacernos es la siguiente: ¿son las ideologías imposiciones sociales o son formas culturales que nos permiten adaptarnos a nuestro tiempo, a nuestra circunstancia histórica, como lo podemos colegir de los relatos de Utnapishtim y de Noé, cuyos confines éticos explican por qué hicieron lo que hicieron y resultaron héroes?

Según Carlos Marx, una ideología es una forma de conciencia falsa, porque se nos impone desde el poder, porque nos invade por medio de mecanismos de control que manipulan, por lo regular, las clases dominantes. Cuando somos conscientes de ello, nos desenajenamos y somos capaces de mirar críticamente estos dispositivos de control, que de manera inadvertida se nos imponen. Por ejemplo, las necesidades materiales y los gustos por cierto tipo de mercancías, las modas, los programas televisivos, nuestra concepción del éxito o del fracaso, la idea del amor, todo ello se nos ha impuesto socialmente.

No nacemos con una concepción del mundo, sino que la adquirimos. El mundo ya estaba hecho cuando llegamos a él y fueron nuestros padres, la familia, los amigos, los núcleos sociales cercanos, los que nos dijeron en qué creer, cómo pensar, qué desear, a qué aspirar, qué debemos entender por lo bueno y lo malo... Esto quiere decir que aprendimos a mirar el mundo de determinada manera y debemos ser capaces

de criticar esa forma de conciencia y de encontrar sus virtudes y defectos.

Así como para Marx la ideología es esa forma de falsa conciencia que no permite ver las cosas tal y como son realmente, es decir, representa un mecanismo de poder de una clase sobre otra, para Engels, este mecanismo de poder oculta sus fuerzas impulsoras cuya misión es alienar al ser humano. Por su parte, Louis Althusser le da al concepto una connotación no tan negativa, al afirmar que la ideología es inherente al sujeto y tiene una existencia material, que se impone a través de dos mecanismos: el Aparato Represivo del Estado (gobierno, Derecho, prisiones, policía, ejército, etc.) y el Aparato Ideológico del Estado, que ejerce la hegemonía (concepto gramsciano) por medio de la religión, la escuela, la familia, los espacios políticos, los medios de comunicación, etc. Sólo con estos segundos, la clase dominante se asegura sus privilegios. No obstante, siempre habrá en el seno de este segundo Aparato, una lucha contra-ideológica que tiene que ver con la lucha de clases. Por tanto, la ideología, a decir de Althusser, ha existido y existirá siempre, y variará según las relaciones de producción.<sup>4</sup>

Paul Ricoeur y Teun Van Dijk definen ideología como un conjunto de ideas, que no sólo tiene que ver con la clase social, sino con grupos específicos, sometidos a alguna forma de dominación. Estas ideas otorgan identidad y proyectos comunes de oposición contra cierto *statu quo*. Esto im-

<sup>4</sup> Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado (notas para una investigación)*, Colombia: La Oveja Negra, 1974.

plica variantes de género, raza o cualquier defensa de algún valor determinado. El concepto de ideología sigue teniendo que ver con relaciones de poder, pero ya no hay un sujeto alienado y pasivo, sino uno que defiende una posición en el mundo y desea transformarlo.<sup>5</sup>

En la introducción de su libro *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, dice Slavoj Žižek que existen tres clases de violencia: la simbólica, que yace en el lenguaje y sus imposiciones de sentido; la sistémica, relacionada con el funcionamiento de la economía y la política; la subjetiva, la cual se experimenta, es directamente visible, la atribuimos a un agente identificable y altera la supuesta normalidad de nivel cero a partir de la cual percibimos y evaluamos todo en la vida cotidiana.<sup>6</sup> Nuestras ideas de lo urgente o lo relevante están mediadas siempre por consideraciones políticas. El problema radica en que todo es un engaño, “el horror sobrecogedor de los actos violentos y la empatía con las víctimas funcionan sin excepción como señuelo que nos impide pensar las causas profundas. Un análisis conceptual de la tipología de la violencia debe por definición ignorar su impacto traumático”<sup>7</sup>. Sin embargo, no debemos dejarnos impresionar por el testimonio de las víctimas ni, sobre todo, dejarnos engañar por el discurso humanitario liberal-progresista que usa el dramatismo de es-

tos testimonios para engañarnos por otras vías. De lo que se trata es de entender qué causa la violencia y por qué estamos alienados ideológicamente.

Con respecto a las formas de la violencia y su relación con la ideología, dice Slavoj Žižek que la violencia sistémica tiene la capacidad de volvernos insensibles a ella, tan concentrados como estamos en nuestro propio confort y en la violencia subjetiva, la más evidente pero no la más ominosa. Hoy, la *actitud liberal* de moda impone un desplazamiento hacia lo “humanitario”, pero con este desplazamiento dejamos de ver las otras dos formas de violencia: la objetiva (sistémica) y la simbólica. Desde hace mucho, Carlos Marx había delatado el monstruo real del capitalismo, que se nutre como un parásito gigantesco e imparable de todo lo que toca. Esta danza del capital proporciona la clave —oculta, soterrada, normalizada— de las catástrofes visibles de la vida cotidiana. Sistema y símbolo: estamos ante una violencia no atribuible a individuos concretos, porque es anónima, impersonal:

Roland Barthes sostiene también que el mito social interiorizado de hoy lo juega la ideología burguesa. Las razones son varias. En tanto hecho económico, se le señala sin dificultad: el capitalismo se profesa, está destinado a enriquecer al obrero —si éste lo desea— pues, como dice Aldous Huxley, “sin seguridad económica no puede existir amor a la servidumbre”<sup>8</sup>. Como hecho político se le desconoce (no hay partidos burgueses). Como hecho ideológico

<sup>5</sup> Vid. Fernando Estenssoro S., “El concepto de ideología”, *Revista de Filosofía*, núm. 15, 2006, pp. 97-111.

<sup>6</sup> Slavoj Žižek, *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, Buenos Aires: Paidós, 2009, pp. 9-10.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>8</sup> Citado por Joseph Campbell, *Las máscaras de dios. Mitología creativa*, México: Alianza, 1992, p. 364.

representa un orden mental, algo que no se nombra y con su anonimía llena todos los espacios, la prensa, el cine, la literatura más vendida, las ceremonias, la justicia, la diplomacia, las conversaciones, el clima, el crimen que se juzga y está de moda, el casamiento televisado que conmueve, la cocina ideal, la ropa, y en general la vida cotidiana, tributaria “de la representación que la burguesía se hace y nos hace de las relaciones del hombre y del mundo”<sup>9</sup>.<sup>10</sup>

¿Qué o quién es el responsable de las tragedias, desde la Conquista del siglo XVI hasta el holocausto del Congo Belga? El sistema, la ideología. Sí, pero ¿cómo perpetran su poder y siguen intactos, haciendo de las suyas? No se notan pero están, aunque los “comunistas liberales” prefieren no verlos pues viven protegidos por un supuesto humanitarismo lleno de causas anticapitalistas y ecológicas.<sup>11</sup> Bill Gates y George Soros, por ejemplo, son indistinguibles de la nueva generación de izquierdistas globalifóbicos radicales. Aquéllos y éstos hablan de dinamismo, diálogo, cooperación y flexibilidad contra la autoridad jerárquica, postulan la cultura frente a la producción industrial y están llenos de encantos pequeñoburgueses, siempre y cuando sus propiedades, que son la duda y el humanis-

mo –y mucho, mucho dinero, capital económico–, no se les enajenen y sus esfuerzos por imponerse a las adversidades les sean reconocidos: son sujetos resilientes que “triumfaron” a pesar de las adversidades. ¡Qué melodramáticamente convincente resulta este discurso!

Muy parecido es el argumento de Max Horkheimer en *Historia, metafísica y escepticismo*, en específico en el ensayo que habla sobre Montaigne. Tras hacer una alabanza del escepticismo antiguo, critica la era burguesa, a la que pertenece el propio Montaigne con todo y su “revolucionario” pensamiento ensayístico. Del siglo XVI precisamente proviene nuestro modelo de hombre cultivado: espíritu abierto al mundo, tolerante en asuntos religiosos, poseedor de perspicacia política y agudeza en el juicio psicológico. Disfruta de los bienes intelectuales y materiales de la cultura, “su estilo de vida consiste en satisfacer tranquilamente sus necesidades individuales dentro del orden establecido...”<sup>12</sup> Rechaza cualquier obligación pues sus dotes son inalienables, no groseras, *sui generis*. El escéptico moderno es alguien para el cual la acción es cuestión de gusto o de prudencia. Tiene el humanismo como ornato y su concepto de hombre se agota en el individuo aislado. Busca la tranquilidad interior y no admite menoscabo de su yo. La religión y la ideología las deja para las masas. Para él es la filosofía, el psicoanálisis y el liberalismo como instrumento de edu-

<sup>9</sup> Vid. Roland Barthes, *Mitologías*, “El mito hoy”, México: Siglo XXI.

<sup>10</sup> Fernando Martínez Ramírez, “La lógica del pensamiento y sus formas de expresión oral y escrita”, *Casa del Tiempo*, vol. VI, época III, núms. 8-9, julio-agosto de 2005, p. 72.

<sup>11</sup> Slavoj Žižek, *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, op. cit., pp. 19-25.

<sup>12</sup> Max Horkheimer, *Historia, metafísica y escepticismo*, Barcelona: Altaya, 1998, p. 161.



cación. Después de todo, el hombre sólo cuenta consigo mismo y con el futuro.<sup>13</sup> Tal es la ideología como conciencia falsa, perfectamente arraigada y desconocida. Por eso resulta tan peligrosa, porque ejerce su poder en silencio, como algo natural. Impide ver el fondo enajenante de sus estrategias.

De la misma manera que el individuo burgués reserva su propia filosofía para las horas de ocio, convirtiéndola así en un pensar ocioso, también el conocimiento y la crítica se aíslan dentro de la sociedad y se convierten en una rama particular de la actividad productiva cuya función consiste en proporcionar una cultura que, en semejantes condiciones de producción, se asimila a entretenimiento. La distinción entre verdad y mera diversión se difumina a nivel social.<sup>14</sup>

Žižek y Horkheimer hablan de violencia sistémica y simbólica, ésa que penetra de manera sutil y se convierte en narrativa ideológica. La individualidad es, sin duda —digo siguiendo a ambos filósofos—, un producto social. Claro, herederos de representaciones colectivas donde conviven formas de pensar no muy opuestas entre sí —metafísica y escepticismo—, hemos aprendido a reconocer lo “útil” que resulta ser, por ejemplo, osado, temperamental, emprendedor, respetuoso, asertivo, y toda una serie de atributos que gozan de prestigio social porque “funcionan”, porque resultan operativos, porque responden a la inercia productiva y pueden rendir dividendos pa-

ra nuestro yo, definimos como individuos adaptados. Trabajamos para lograr acercarnos lo más posible a estos atributos, a estos ideales de humanidad. Tal es la manera como la ideología conforma, inexorable pero también veladamente, una personalidad o un yo que, amén de resultar útiles, pueden incluso defendernos y recomfortarnos en el ocaso de nuestra *competitividad*, cuando ya sólo nos quede contarnos como los sujetos valiosos que fuimos y dramatizar lo terriblemente dura que fue para nosotros la vida. Confiamos, desde luego, que en el pequeño círculo de nuestras influencias alguien lo haya notado y lo guarde en la memoria, hasta que él mismo desaparezca, ahito de similares aspiraciones. La individualidad como *producto* social y las improntas ideológicas que están detrás de ella, no se ven. Sin embargo, en la medida en que podamos reconocer estas huellas, aprenderemos que el individualismo exacerbado es el triunfo de la ideología (burguesa), de la actitud liberal, la derrota de una parte de nosotros y el deslizamiento de una violencia sistémica que no se advierte, pero somete y apacigua, le da sentido a nuestra vida.

Desde esta perspectiva, ominosa por donde se le vea, Bill Gates es un *hooligan* subversivo —frase de Žižek—<sup>15</sup> y Steve Jobs es un héroe que comenzó su conquista del mundo desde un garaje desvencijado. Ambos aprovecharon las bondades del sistema y conquistaron su singularidad, a pesar de las adversidades. La mano invisible del

<sup>13</sup> Vid. *ibid.*, pp. 162-169.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 171-172.

<sup>15</sup> Slavoj Žižek, *op. cit.*, p. 30.

mercado y la responsabilidad social coincidieron en ellos y los convirtieron en gurús que, por si fuera poco, respetan el medio ambiente y donan dinero a las buenas causas. ¡Uf! Ellos y los comunistas liberales –¡qué contradicción!– se postulan como espíritus pragmáticos, sin adoctrinamientos, que resuelven problemas concretos, como la hambruna en África, o critican la condición de la mujer musulmana, estampan su firma en Change.org y luego se retiran a sus chalets o sus quintas a pasarla bien. Ven la “causas profundas”: todo se debe a la pobreza –dicen–. Sí, hay que atacarla con emolientes. Una pobreza que ellos mismos contribuyeron a crear y que los enriquece obscenamente.

Žižek llama comunista liberal al mismo que Horkheimer llamo escéptico burgués. La nomenclatura ha cambiado, desde luego. “Escéptico” y “burgués” ya no están de moda: murieron cuando fracasaron los socialismos reales. Esta nueva izquierda liberal también está contra la religión, pero a favor de la espiritualidad. Si han de confesarse, será con el psicoanalista, no con el sacerdote. Su ética consiste en regresar un poquito de lo que han tomado en demasía, mostrarse caritativos, ofrecer una máscara humanitaria. Mientras tanto, todos los demás, los subdesarrollados –dice Žižek– contribuimos con nuestra deuda a su bienestar.

Quando dona su riqueza acumulada [sólo una parte pequeña pero rimbombante] al bien público, el capitalista se niega a sí mismo como

mera personificación del capital y de su circulación reproductiva: su vida adquiere sentido.<sup>16</sup>

Mientras tanto, el capital circula y la crisis se pospone de manera indefinida mediante la caridad y la tiranía de la democracia. Ellos, los dueños del dinero, ya han cumplido con su dosis de humanitarismo, por tanto pueden irse a sus comunidades cerradas y electrificadas a gozar de su buena conciencia mientras la mano invisible del mercado circula y se auto regula sin necesidad de ser vigilada porque ella misma establece sus contrapesos...

La posmodernidad o era del relativismo extremo, donde todos somos el centro ecuménico y bárbaros son siempre los otros –*l'enfer c'est les autres*, dice Sartre–, ha llegado a ser una esperanza falsa y el globalismo una falacia impositiva en tanto horizonte moral: la modernidad y la modernización continúan siendo un sueño, en específico para los países subordinados –en vías de desarrollo, dice el eufemismo–, antes llamados del tercer mundo, entre ellos los de América Latina, dice Pablo Tasso en su ensayo “Occidente: paradigma de civilización brutal”<sup>17</sup>. Hemos sido víctimas de

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 35.

<sup>17</sup> Pablo Tasso, “Occidente: paradigma de civilización brutal”, en Raquel Sosa Elizaga (coord.), *Sujetos, víctimas y territorios de la violencia en América Latina*, México: UCM, 2004, p. 18. Néstor García Canclini propone el concepto de “hibridez” para designar la convivencia multitemporal de una cultura popular, una cultura de masas y la alta cultura. En América Latina la modernidad es el tránsito natural entre una y otra forma de expresión sin que ello represente problema de identidad alguno. *Vid. Culturas*

un discurso ideológico colonialista que llegó con la Conquista y se extiende hasta nuestra condición de Tercer Mundo. Primero se nos negó que tuviéramos alma; después se desconfió de nuestras capacidades intelectuales. Paralelamente se impuso la evangelización y una arenga jurídica en tanto modelo de racionalidad en La Ciudad Letrada, como lo expone Ángel Rama<sup>18</sup> para delatar la manera cómo los españoles les arrebataron, mediante la letra y las armas, todas sus tierras a los pueblos prehispánicos. Se trata de la batalla inventada entre barbarie y civilización, batalla que dio pie a la conquista y explotación económica de que hemos sido objeto. No es cierto que la democracia sea posible cuando se basa en un principio de acumulación rampante, fe-roz. El desarrollo que promete el capitalismo sólo se da para unos cuantos. Hoy el *ecumenismo* es ideológico, se propaga y se profesa como imperialismo neoliberal, pero también en las formas de colonialismo interno que imponen una visión del mundo a las culturas originarias, en resistencia desde hace quinientos años.

Las ciencias sociales y la filosofía deben ver en toda esta violencia una herramienta de domesticación. La globalización es real, lo mismo que la internacionalización del capital. Y también es real que los países pobres, con sus excedentes, solventan el estado de bienestar de los países ricos a través del pago de la deuda. Endeudarse para

---

*híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México: Grijalbo-Conaculta, 1990.

<sup>18</sup> Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Montevideo: Arca, 1998.

crecer: en eso consiste la trampa ideológica. El paradigma civilizatorio es en realidad un discurso de poder, una estrategia política de sometimiento. Las ciencias sociales están obligadas a proponer otras formas de comprensión para así transformar esta condición subordinada, aparentemente inexorable —el Destino Manifiesto— en que están las sociedades que no forman parte de el pequeño núcleo de países ricos.<sup>19</sup>

La ideología es, pues, violencia simbólica y sistémica. Lo que nos caracteriza hoy es un egoísmo a ultranza, un solipsismo donde todo está permitido mientras, en apariencia y por consigna, no dañes a los demás con la violencia subjetiva, la más visible. Individualismo exacerbado que cancela cualquier otredad. Ahora somos mónadas leibnizianas, sin ventanas, pero abiertos al universo entero. Confusa multiplicidad que, en términos de Alain Badiou, no es sino *atonía* generalizada. No más lógica binaria, ni siquiera en el sexo. Este mundo ya no tolera divisiones, dualidades, valores fuertes en sentido nietzscheano. En esto descansa, precisamente, la *violencia estructural*, en la normalización de un modo de pensar ca-suístico, espasmódico, donde el enemigo es todo aquel que se opone al progreso y sus luchas contra lo “disfuncional”.<sup>20</sup>

Quienes combaten la violencia subjetiva son los mismos que hacen uso de la violencia sistémica. Punto. Todo descansa en el miedo al prójimo, al otro. Tres son las conclusiones que saca Slavoj Žižek de todo esto. En primer lugar, condenar la violencia

<sup>19</sup> Cfr. Pablo Tasso, *loc. cit.*, pp. 19-31.

<sup>20</sup> Cf. Slavoj Žižek, *op. cit.*, pp. 36-53

como algo malo ha llegado a ser una operación ideológica que hace invisible las formas más profundas de violencia social. En segundo lugar, nadie acepta ni quiere ser violento: lo es y no lo ve, o no lo cree, como Hitler o Stalin, con la diferencia de que la mayoría sólo somos reactivos e impotentes, pero estos personajes marcados convierten la violencia en un gesto político de consecuencias catastróficas, aunque en su fuero interno hacían un bien, como el padre que se esforzó por sus hijos para que “triumfaran”, aunque en eso le fueran su propia salud y agonía, así como la cancelación de la libertad de su heredero. Finalmente, por la relación intrincada entre lo subjetivo y lo sistémico, la violencia se distribuye entre actos y contextos, es activa e inactiva, visible e invisible, ominosa y gratificante, aplastante.

Si queremos provocar un cambio en el sistema –resuelve Žižek–, lo que se debe hacer es reducir la actividad, “no hacer nada”, porque al hacer nos implicamos en aquello que le permite funcionar al sistema. Esta necesidad de ser activo, de participar, enmascara lo que realmente ocurre. Con ello se quiebra nuestra pasividad amenazadora. “A veces no hacer nada es lo más violento que puede hacerse.”<sup>21</sup>

Y, sin embargo, Žižek ha escrito un libro *Sobre la violencia*, ha salido de su amenazador silencio. Ya debe sentirse mejor. El mundo sigue su minúscula marcha. Esta ideología delatada transita también a través él. Lo favorece en su evasión escéptica. El

relativismo y la tolerancia, de ser formas de dudar, se han convertido en racionalizaciones funcionales que neutralizan operaciones del entendimiento brillantes, como ésta, para convertirlas en refugios de aquel que no desea hacer nada, porque teme que el capitalismo, que todo lo transforma en mercancía, trasmute también en mercancía la lucidez. Resulta por lo menos paradójico que al asumir nuestra propia negatividad seamos reducidos al silencio como la más grande de las imposturas. Vuelvo a citar a Horkheimer:

Ni la burguesía, ni sus miembros tomados uno a uno considera al sistema autoritario como su verdadero adversario; eso es el fruto de la imaginación calenturienta de ciertos individuos aislados en quienes, por algún motivo, ha hecho presa el infortunio y que pretenden imbuírse a los demás. [...] El escepticismo, que en un tiempo representó la negación de las ilusiones vigentes, hoy día sólo se opone a la aspiración de un futuro mejor [para todos].<sup>22</sup>

El pragmatismo sin ilusiones campea por todas partes, y ya no hay dioses a quienes acogerse, valedores divinos que nos recuerden que nos escogieron precisamente a nosotros. Hasta las utopías se pueden vender. Hoy la emancipación del espíritu no es otra cosa que la conquista de la individualidad –sea lo que esto signifique–, como si en algún momento metafísico de la historia nos la hubiesen enajenado. No, la razón no pude conformarse con ver, oír y callar,

<sup>21</sup> Vid. *ibid.*, pp. 243-256.

<sup>22</sup> Max Horkheimer, *op. cit.*, p. 178.

como parece sugerirlo Žižek. Su papel es tomar posición desde la negatividad horkheimeriana, que admite la truculencia de esta ideología, a la que hay que señalar y combatir, por lo pronto, desde las reivindicaciones, por ejemplo, de los pueblos originarios y, desde luego, desde la pedagogía, no para curarse en salud ni para resultar héroes paradigmáticos, sino como una búsqueda ontológica de *más ser*, como decía Paulo Freire<sup>23</sup>, un ser más horizontal, aplastado para muchos hace quinientos años...

## Bibliografía

- Althusser, Louis, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado (notas para una investigación)*, Colombia: La Oveja Negra, 1974.
- Barthes, Roland, *Mitologías*, "El mito hoy", México: Siglo XXI, 1999.
- Campbell, Joseph, *Las máscaras de dios. Mitología creativa*, México: Alianza, 1992.
- Estenssoro S., Fernando, "El concepto de ideología", *Revista de Filosofía*, núm. 15, 2006, pp. 97-111.
- Freire, Paulo, *Pedagogía del oprimido*, México: Siglo XXI, 2005.
- García Canclini, Néstor, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México: Grijalbo-Conaculta, 1990.
- Gilgamesh o la angustia por la muerte*, tr. directa del acadio, introd. y notas de Jorge Silva Castillo, México: El Colegio de México, 1994.
- Horkheimer, Max, *Historia, metafísica y escepticismo*. Barcelona: Altaya, 1998.
- Martínez Ramírez, Fernando, "El origen de la actitud imperial", *Casa del Tiempo*, vol. v, época III, núm. 52, mayo de 2003, pp. 9-11.
- , "La lógica del pensamiento y sus formas de expresión oral y escrita", *Casa del Tiempo*, vol. vi, época III, núms. 8-9, julio-agosto de 2005, pp. 63-74.
- Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Montevideo: Arca, 1998.
- Tasso, Pablo, "Occidente: paradigma de civilización brutal", en Raquel Sosa Elizaga (coord.), *Sujetos, víctimas y territorios de la violencia en América Latina*, México: UCM, 2004.
- Žižek, Slavoj, *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, Buenos Aires: Paidós, 2009.

<sup>23</sup> Paulo Freire, *Pedagogía del oprimido*, México: Siglo XXI, 2005.

